

abp Jaume Pujol Balcells¹

Universidad de Navarra

Significado de la beatificación de los mártires del siglo XX en España en el Año de la Fe

El día 13 de octubre de 2013 fueron beatificados en Tarragona una multitud de siervos de Dios, hasta 522, originarios de diversas diócesis y congregaciones religiosas de España, víctimas de la persecución religiosa del siglo XX. Desde aquel día sus nombres figuran inscritos en el *Martirologio* de la Iglesia y son objeto de veneración y de culto. Hoy por hoy, esa solemne beatificación ha sido la más numerosa de la historia de la Iglesia y ese día ha quedado inscrito en la historia de la archidiócesis tarraconense como histórico y memorable.

1. La beatificación del Año de la Fe

Poco más de un año antes de la fecha de la magna beatificación, el 28 de junio del año 2012, en la audiencia privada concedida al cardenal Angelo Amato, prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos, el papa Benedicto XVI, ahora emérito, aprobaba y firmaba el Decreto de martirio del obispo Manuel Borrás Ferré, obispo auxiliar de Tarragona, y ciento cuarenta y seis compañe-

¹ Arzobispo metropolitano de Tarragona, doctor en Teología por la Universidad de Navarra.

ros mártires, junto con decretos de martirio de otras causas de la persecución religiosa acaecida en España entre los años 1934 y 1939.

Con este Decreto del Sumo Pontífice culminaba un largo recorrido que se inició el día 18 de abril de 1952 en Tarragona, bajo la presidencia del cardenal Benjamín de Arriba y Castro —es decir, abrió el proceso de beatificación como prerrogativa de los obispos de las diócesis a las que pertenecían los mártires—, siendo postulador el Hno. Joaquín Donato, de la Congregación de los Hermanos de las Escuelas Cristianas (La Salle).

El Plan Pastoral de la Conferencia Episcopal Española (CEE) contemplaba la beatificación de mártires del siglo XX en España como una de las grandes acciones, inscritas en el Año de la Fe. En ese plan se recordaban las palabras de Benedicto XVI cuando, precisamente al convocar el Año de la Fe, señaló que “por la fe, los mártires entregaron su vida como testimonio de la verdad del Evangelio, que los había transformado y hecho capaces de llegar hasta el mayor don del amor con el perdón a sus perseguidores”².

Durante el Año de la Fe, gracias a tantas iniciativas pastorales, todos hemos estado aprendiendo a hacer la *confessio fidei* con una comprensión de lo que creemos, buscando una mayor coherencia entre vida y fe a fin de convertirnos en testigos del Evangelio y semilla para una reevangelización de nuestra sociedad. Impresiona pensar que, por esa fe que nosotros proclamamos, muchas personas dieron su vida. Son para nosotros ejemplo de fidelidad y fortaleza.

Que la glorificación de tantos siervos de Dios sea para todos nosotros un acicate para renovar la fe, y llene de nueva vitalidad nuestras diócesis. En la tradición cristiana se ha considerado que un mártir es una persona que muere por la fe religiosa, y en muchos casos es torturada hasta la muerte. En múltiples ocasiones asimilamos “mártir” a los mártires cristianos de los tres primeros siglos, quienes fueron asesinados por sus convicciones religiosas. Sin embargo, ha habido más mártires cristianos en el siglo XX que en el conjunto de los diecinueve siglos anteriores. Cabe señalar también que en nuestro siglo XXI continúan las persecuciones religiosas, y que la mayoría de ellas tienen a los cristianos como víctimas.

² Benedicto XVI, *Carta Apostólica en forma de Motu Proprio Porta Fidei con la que se convoca el Año de la Fe* (11.10.2011), n. 13.

2. ¿Porqué en Tarragona esta beatificación?

El día 22 de noviembre del año 2012 la Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española decidió por mayoría que la ceremonia de beatificación de los mártires del siglo XX en España se celebrara en Tarragona.

Era lógico que la celebración de esa beatificación tan numerosa se realizara en Tarragona como reconocimiento a su tradición eclesial y martirial, una Iglesia que se llama a sí misma “Tárraco, Iglesia de Pablo, sede de Fructuoso”. Tarragona —arraigada, según tradición venerable y atendible, en la misma predicación del apóstol Pablo— tiene el honor de disfrutar de los protomártires Fructuoso, obispo, y los diáconos Augurio y Eulogio. El primer fulgor del martirio en tierras de Hispania brilló en la antigua Tárraco. Conviene no olvidar que san Fructuoso es la primera de las grandes figuras que nos ofrece la historia de la Iglesia española. Pastor de la comunidad cristiana de Tárraco a mediados del siglo III, era venerado tanto por los fieles como por los paganos. Expuso muchas veces su vida atendiendo —sin distinción de credo— a las víctimas de la peste que, por aquel entonces, asoló el imperio; sin embargo, Dios lo reservaba para el sacrificio más glorioso del martirio. El día 21 de enero del año 259, debido a su valiente profesión de fe, perecieron quemados vivos en el anfiteatro de la ciudad durante la persecución cruenta y selectiva decretada por los emperadores Galieno y Valeriano, dirigida a privar a la Iglesia de sus líderes.

Si justo a la mitad del siglo III, la Iglesia de Tarragona escribía la primera página de su *Martirologio* particular, la que por ahora es la última página se escribió el día 13 de octubre del presente año. No deja de impresionar que después de diecisiete siglos volviera a brillar en Tarragona la belleza y la convicción de la fe de nuestros mártires. El amor a Cristo de san Fructuoso y de sus diáconos es el mismo amor por el que murieron esos hermanos de nuestro tiempo, un tiempo tan reciente como son setenta y cinco años. Es sin duda extraordinario que desde los días de san Fructuoso (siglo III) hasta los nuestros (siglo XXI), resplandezca el testimonio de tantos y tantos que han vivido la misma fe, la misma eucaristía y la misma caridad. A todos ellos puede aplicarse el versículo del Apocalipsis: “Estos son los que vienen de la gran tribulación y lavaron sus vestiduras y las blanquearon en la sangre del Cordero” (Ap 7, 14).

El protomártir ibérico San Fructuoso, antes de entrar en el suplicio, quiso rezar por la Iglesia “extendida desde oriente hasta occidente”. De esa manera, manifestaba que la Iglesia particular tarraconense —que él presidía— era abierta, acogedora y solidaria con toda la Iglesia universal.

De su martirio estamos exactamente informados a través de sus *Actas*³, documento auténtico considerado uno de los más antiguos de la literatura cristiana hispánica. Huelga decir que estas *Actas* martiriales, que respiran paz, alegría y fortaleza, han sido copiadas generación tras generación y traducidas, hasta el momento, a veinticuatro lenguas, incluido el polaco.

El relato de su sacrificio mueve a la conversión del corazón y a la alabanza a Dios. Ya el poeta cristiano Aurelio Prudencio les dedica el famoso himno conocido como *Peristephanon*, algunos de cuyos versos dicen así:

Feliz Tárraco, oh Fructuoso, levanta
la cabeza que, resplandeciente con vuestras llamas,
por ti y tus dos diáconos a la luz brilla⁴.

También pueden aplicarse a Tarragona aquellas palabras de san Cipriano, obispo de Cartago y contemporáneo de nuestros protomártires, que dicen así:

Oh, bienaventurada Iglesia nuestra que Dios ha querido honrar con un resplandor tan grande, iluminada en nuestros tiempos por la sangre gloriosa de los mártires; blanca antes por las obras de los hermanos, roja ahora por la sangre de los mártires. No faltan entre las flores ni lirios ni rosas⁵.

Por otra parte, san Agustín (354–430), obispo de Hipona, predica sobre la *Passio Fructuosi* en la memoria del nacimiento de nuestros protomártires⁶.

³ Las *Actas* pueden hallarse en la página web del Arzobispado de Tarragona traducidas a numerosos idiomas – www.ajubilar.arquebisbattarragona.cat/index.php?arxiu=actes_martiri (20.11.2011). Un buen estudio es el del Institut Superior de Ciències Religioses Sant Fructuós: *Les Actes del martiri de sant Fructuós, bisbe de Tarragona, i dels seus diaques sant Auguri i sant Eulogi. Context històric, teologia i espiritualitat*, a cargo de Josep M. Gavaldà Ribot, Tarragona 2009, p. 165.

⁴ Aurelio Prudencio, *Libro de las Coronas* o *Peristephanon: Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum Latinorum* 61, Vindobonae–Lipsiae 1926, p. 289–431.

⁵ San Cipriano, *Epistula 10: Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum Latinorum* 3, 2, Vindobonae 1871, p. 490–495.

⁶ Precisamente en el libro antes citado (p. 159–165) puede hallarse el *Sermón 273* que san Agustín predicó un 21 de enero, fiesta de nuestros mártires - San Agustín, *Sermón 273*, en *Nuova*

Todo ello es exponente de que el martirio de los Santos de Tarragona era conocido en la Iglesia universal.

3. ¿Mártires del siglo XX?

¿Por qué esta denominación de *mártires del siglo XX* y no otra? Numerosos estudiosos⁷ del tema sostienen que cuando se denomina a las víctimas —en el caso que nos ocupa— *mártires de la guerra civil*, se están manipulando los términos. La guerra civil es el contexto sociopolítico en que se produjo la muerte de la mayoría, pero ellos son víctimas no de una guerra civil, sino de una persecución religiosa, dos conceptos totalmente diferentes.

Un argumento a favor de la tesis antes expuesta la constituye la beatificación de unos Hermanos de la Salle de Turón (Asturias), asesinados en Oviedo en 1934. En aquellos tiempos no había guerra civil, sino una situación en la que hubo persecución religiosa: quema de conventos y de iglesias, asesinatos de personas a causa de su fe, etc., con la anuencia y, por tanto, con una responsabilidad moral por parte de quienes toleraron aquellos hechos. El término *mártires de la guerra civil* se presta a manipulación, de manera que se prefiere la expresión *mártires del siglo XX en España*.

Es evidente que el contexto mayoritario del martirio de los nuevos beatos fue la guerra de 1936, una guerra que nunca hubiera debido estallar. Todas las guerras son execrables y una beatificación no se hace jamás en contra de nadie, de modo que proclamar la bienaventuranza de nuestros hermanos no es proclamar de ninguna de las maneras la maldición o la condena de los otros. Por desgracia, toda guerra tiene víctimas inocentes. Son muchas las lágrimas de madres que lloraron la muerte de sus hijos en uno y otro bando. Toda muerte inocente es respetable y digna de compasión.

¿Por qué se beatificó a esas personas y no a otras? Fueron beatificadas como víctimas de una persecución religiosa y por considerar que la violen-

Biblioteca Agostiniana 33, Roma 1986, p. 2–10.

⁷ Pueden consultarse las dos últimas obras sobre estos 522 mártires: Vicente Cárcel Ortí, *Mártires del siglo XX en España. 11 santos y 1.521 beatos*, Madrid 2013, p. 2.816; María Encarnación González Rodríguez, *Los 522 mártires del siglo XX en España de la beatificación del Año de la Fe. Quiénes son y de dónde vienen*, Madrid 2013, p. 807.

cia sistemática ejercida contra las personas miembros de la Iglesia católica lo fue por esa condición. Los mataron *in odium fidei* ‘por odio a la fe’, por el solo hecho de ser católicos, ya fueran religiosos o laicos, y porque no quisieron apostatar de su fe para salvar la vida. En una contienda o en una revuelta mueren muchas personas, pero no todas fallecen por razón de su creencia religiosa. Ahí está la diferencia.

Cuando la Iglesia proclama la bienaventuranza de quienes han muerto por causa de Jesucristo, no quiere de ninguna manera tomar partido ideológico. No honra a unos para condenar a otros. Ni tampoco hace ningún juicio histórico acerca de un acontecimiento tan doloroso cual es una guerra que enfrentó a hermanos contra hermanos. No sería correcto que alguien pensara eso.

La Iglesia quiere amar a todos y, si alguna vez no lo ha hecho, se avergüenza y pide perdón. La Iglesia sabe perfectamente que en toda guerra son innumerables las víctimas inocentes, merecedoras de honor y respeto, sean cuales fueren sus posiciones ideológicas. Una beatificación, por lo tanto, no se hace en contra de nadie, y tampoco a favor de nadie. Hay juicios que pertenecen a la historia, y es a ella a quien corresponde la explicación objetiva de los hechos.

La Iglesia simplemente desea exponer a plena luz, ante todo el mundo, el testimonio de hombres y mujeres que murieron por causa de Cristo. Es decir, que si no hubieran sido de Cristo o no hubieran tenido fe, no les habrían matado violentamente. Y no les admira como héroes, sino como testigos de la fe. No es la muerte violenta lo que hace que uno sea mártir, sino la causa de esa muerte. Los mártires morían por Jesucristo, y tenían la certeza de que el destino de Cristo en la gloria era su propio destino. Jesucristo es la causa y el fundamento de todo martirio.

4. Las víctimas

El martirio cristiano hace que la Iglesia halle de nuevo la unidad en la fe por la que murieron los mártires, una unidad basada en el Espíritu de Dios mismo que estrecha siempre los lazos de la caridad. Como dice el Apóstol: “Uno solo es el cuerpo y uno solo el Espíritu, como también

es una la esperanza que encierra la vocación a la que habéis sido convocados” (Ef 4, 4).

Evoquemos, por ejemplo, la vigorosa figura del obispo Manuel Borràs Ferré. Nació en La Canonja (Tarragona) el 9 de septiembre de 1880, fue ordenado sacerdote el 19 de septiembre de 1903 y sería consagrado obispo auxiliar de Tarragona en la Catedral Metropolitana y Primada el día 2 de julio de 1934. Sirvió a la Iglesia diocesana con pulcritud y fidelidad, viviendo veintiún años a la sombra del cardenal Vidal y Barraquer, de quien fuera un servidor fiel y discreto.

Tras diecinueve días de cautiverio en la prisión de Montblanc, sin que nadie se preocupara por su suerte, fue finalmente asesinado en el Coll de Lilla la tarde del 12 de agosto de 1936. La noche de aquel día memorable, uno de quienes le habían dado muerte, exclamaba: “¡Y aún ha osado bendecirnos!”⁸.

Habiendo cubierto de ramas su cuerpo, le rociaron con gasolina y le prendieron fuego. Dejaron el cuerpo insepulto al borde de la carretera. A él y a tantos otros les cuadra el texto de Marcos: “Quien quiera salvar su vida, la perderá, pero quien la pierda por mí y por el Evangelio, la salvará” (Mc 8, 35). No perdió la vida, sino que la ganó en Cristo. Para siempre.

El cardenal Vidal y Barraquer, que había iniciado el camino del exilio, no se enteró hasta más tarde del asesinato de su obispo auxiliar —de quien le habían forzado a separarse— y de tantos sacerdotes de la archidiócesis. La tristeza le acompañó hasta su muerte. Fue el martirio del corazón. Tanto el uno como el otro hicieron ofrenda de su vida a la Iglesia de Tarragona, de la cual eran pastores. El cardenal vivió y murió en un exilio sin retorno —pobre y olvidado de muchos— el día 13 de septiembre de 1943. El epitafio del papa san Gregorio VII puede aplicarse a la persona de quien fue considerado “el Cardenal de la paz”: “He amado la justicia y he odiado la iniquidad, por eso muero exiliado”.

El mismo cardenal Vidal y Barraquer lo había reconocido en la primera carta que, desde su exilio en la Cartuja de Farneta, dirigió a su presbiterio:

Para animaros y fortaleceros os dirijo estas líneas de saludo. Son más tiernas y efusivas para con aquellos que pasan todavía, o han pasado ya, mayores peligros y aflic-

⁸ Francesc Basco Gracià, *Beat Manuel Borràs Ferré, el bisbe màrtir de Tarragona*, Tarragona 2013, p. 18.

ción. Ellos, sobre todo, han sido en todo momento y, lo son todavía, objeto de mi vivísima solicitud. Que les sirva un poco de consuelo el saber que yo también, quizás antes que ellos, he experimentado y vivido, en todas las etapas, sus emociones, penas, humillaciones y sufrimientos, que sólo un designio del buen Dios permitió no acabaran en el desenlace gloriosísimo que parecía inevitable. Ciertamente, yo sufro con ellos, pero me consuela pensar que también ellos, en la prueba, experimentan intensamente aquel caudal de asistencia superior que nos hizo posible afrontar, con una serenidad sobrehumana, aquellos momentos y aquellas horas supremas; lo que llegó a impresionar, y casi a ganar, a quienes creían hallar en nosotros a sus enemigos. ¡Cómo iban desvaneciéndose los prejuicios y cuánto les conmovía oír cosas que nunca habían escuchado! ¡Cómo la suavidad y dulzura les iba desarmando! ¡Cuánto me complace poder decir que, aunque pobre y sufriente, como vosotros, he padecido algo a causa de Cristo!⁹.

Así pues, en 1944, el Dr. Salvador Rial Lloberas, administrador apostólico del Arzobispado de Tarragona, podía afirmar rotundamente:

Indudablemente entre el clero de la archidiócesis la primera víctima fue el Pastor, el eminentísimo señor cardenal arzobispo. Sin efusión de sangre, pero verdadera víctima y mártir. Recordemos que la Iglesia venera como mártires a muchos que sufrieron persecución pero sin efusión de sangre. Fue la primera víctima por su dignidad, quizá también por ser el primero y, ciertamente, por la duración de la persecución a la que fue sometido por unos y otros¹⁰.

Los restos venerables del obispo Borrás, a pesar de las incansables pesquisas efectuadas, no han sido aún hallados; pero, en la cripta de la capilla de San Fructuoso, cerca del sepulcro del cardenal Vidal y Barraquer, puede verse un memorial suyo, cincelado en mármol, donde se manifiesta el deseo del “Cardenal de la paz” de descansar junto a su querido auxiliar.

5. Amaron a Dios

En julio de 1936, desconcertados ante la persecución religiosa, se abrió para aquellos sacerdotes una senda que les conduciría al martirio. Los re-

⁹ Cardenal Francesc d'Assís Vidal y Barraquer, *Carta del 9 de noviembre de 1937 desde la Cartuja de Farneta* (Lucca, Italia), en *Legado del Cardenal Vidal y Barraquer*, Manuel M. Fuentes Gasó, volumen en preparación.

¹⁰ Salvador Rial Lloberas, *Recuerdos amargos y edificantes*, “Butlletí de l'Arquebisbat de Tarragona”, 30 de junio de 1944, n. 13, p. 195.

latos de los últimos días de sus vidas son realmente aterradores: fugitivos, ocultos, delatados, torturados, y, a la postre, asesinados. La oración y la intercesión de la Virgen les sostenían.

¿Quién puede afirmar que quisieran mal a nadie? ¿De quién eran enemigos? Eran hombres valientes: la oración y la eucaristía les había hecho fuertes. Y con esa fortaleza —la fortaleza que es un don del Espíritu Santo— afrontaron la muerte con palabras de perdón en los labios, encomendando su vida a la Virgen y rogando por aquellos que les mataban. Del mismo modo que Jesús, quien — pese a pender de la cruz— no se sintió víctima de ninguna injusticia, sino de la ignorancia de los hombres, también ellos asumieron la situación e hicieron suyas las palabras que el Señor había pronunciado mientras le clavaban al instrumento del suplicio: “Padre, ¡perdónalos, porque no saben lo que hacen!”.

Esta conciencia se hacía patente en una carta de Vidal y Barraquer al cardenal Eugenio Pacelli (futuro Pío XII), a la sazón secretario de Estado de la Santa Sede:

Es ciertamente muy doloroso y subleva el alma noble, generosa y recta el dejar sin pública protesta tantos sacrilegios y pecados, tantos asesinatos y atrocidades, tantas destrucciones y devastaciones; pero, tal como Jesucristo y los primitivos mártires, conviene tener una gran prudencia y paciencia hacia quienes no reflexionan, hacia quienes están cegados, exacerbados, y ofuscados por la pasión y el deseo de venganza. No saben lo que hacen y llegan al extremo de beber la sangre de los ministros del Señor y de los buenos católicos, tras haber saciado su odio martirizando horriblemente a las víctimas¹¹.

Los nuevos beatos hubieran podido abdicar de la fe, incluso de su condición sacerdotal, y no lo hicieron. Realmente amaron a Dios y, reavivando su recuerdo, podemos evocar las palabras de la primera carta de san Juan:

Amar a Dios significa guardar sus mandamientos. Y sus mandamientos no son pesados, porque todo el que ha nacido de Dios vence al mundo. Y lo que ha conseguido la victoria sobre el mundo es nuestra fe. ¿Quién es aquel que vence al mundo sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios? (1 Jn 5, 3–5).

¹¹ Cardenal Francesc d'Assís Vidal y Barraquer, *Carta del 2 de septiembre de 1936 al Cardenal Eugenio Pacelli*, en *Legado del Cardenal Vidal y Barraquer*, o.c.

Ellos, verdaderamente, amaron a Dios y con su fe vencieron al mundo. Nunca deberíamos olvidar esta verdad teológica: el misterio de la Iglesia siempre precede a los mártires. Antes que la Iglesia de los mártires, está la Iglesia mártir toda ella. Y toda forma de martirio expresa la vocación de toda la Iglesia en ser testigo de la Verdad de Cristo.

Así, san Agustín dirá: “Los mártires no lo son por la pena, sino por la causa”. Por tanto, la Iglesia les glorifica sólo porque ellos murieron por causa de Cristo y a causa de Cristo, como un cumplimiento de las palabras de Jesús, que anunciaban que sus discípulos sufrirían persecución y muerte: por causa del Hijo del hombre (cf. Lc 6, 2), por causa de mi nombre (cf. Jn 15, 21) y por mí (cf. Mt 5, 11).

Así también lo reconocía el Dr. Jaume Toldrà Rodon, presbítero del Arzobispado de Tarragona, al cardenal Vidal y Barraquer:

Casi todos los sacerdotes hemos pasado (y estamos pasando, aunque con menos gravedad) días harto angustiosos y llenos de peligros, en los cuales el único placer era el consuelo espiritual de que éramos perseguidos sólo por el hecho de ser sacerdotes y, por tanto, sufríamos por Dios, y si nos asesinan seremos mártires de la Santa Fe. Será una gran satisfacción para Vuestra Eminencia, en medio de la profunda pena, irse enterando de que ha habido muchos sacerdotes de nuestra querida diócesis que han muerto predicando la Fe y perdonando públicamente a quienes les fusilaban; aún vibra, pues, en nuestro sacerdocio el mismo santo coraje de los mártires de los primeros tiempos. También religiosos y algunos seglares se han comportado igualmente¹².

La proclamación de su martirio es una alabanza a Cristo, que es el Rey de los mártires. También es una proclamación de su gracia, que les ha hecho fuertes en la adversidad (cf. 2 Cor 1, 14). La fortaleza es un don del Espíritu Santo y esta “hace capaz de vencer el miedo, incluso el miedo a la muerte, de afrontar la prueba y la persecución”¹³.

Y no podemos olvidar que ellos perdonaron a sus verdugos, y, si ellos perdonaron, ¿cómo no hemos de perdonar nosotros? Así, pues, el mensaje profético que nos deja su martirio es el perdón, la reconciliación y el don de la paz, pero también es un rehusar siempre cualquier forma de pensa-

¹² Jaume Toldrà Rondon, *Carta del 6 de noviembre de 1936 al Cardenal Francesc d'Assís Vidal y Barraquer*, en *Legado del Cardenal Vidal y Barraquer*, o.c.

¹³ Juan Pablo II, *Catecismo de la Iglesia católica*, n. 1808.

miento totalitario que use las armas y la violencia para imponerse. La libertad religiosa es uno de los primeros derechos de la persona humana. Es así que la beatificación de nuestros mártires no quiere herir ninguna susceptibilidad, no quiere abrir ninguna herida. La Iglesia sabe que son muchas las víctimas de una guerra, y toda víctima, por el solo hecho de ser inocente, es digna de una memoria honrosa.

6. Décadas después

Han transcurrido ya más de siete décadas de aquellos luctuosos acontecimientos y la perspectiva del tiempo hace que el martirio, desvinculado del esquema de vencedores y vencidos, resplandezca en su pureza y en lo que es: el testimonio supremo de la fe. La glorificación de estos mártires es, en definitiva, una proclamación de paz y de reconciliación. Su martirio es una lección ante la historia y un ejemplo a seguir por los cristianos. Al fin y al cabo, la valentía de los mártires ante la muerte violenta no fue mérito suyo, sino una gracia de Cristo. El mártir cristiano es consciente de su debilidad, pero también del poder de la gracia de Cristo, una gracia que transportamos siempre en vasijas de barro para que así se manifieste la gracia de Cristo. La fortaleza de los siervos de Dios ante el martirio no puede explicarse como una cualidad humana, sino como un don de la gracia de Cristo.

El propio Vidal y Barraquer no se recataba en insistir acerca del valor de la paz y de la reconciliación: “Nada de venganzas; caridad y caridad, por encima de todo y contra todos los vientos que puedan soplar en otros lugares. Esa ha de ser la piedra de toque”¹⁴. Y también, su vicario general, el Dr. Salvador Rial Lloberas, afirmaba con determinación: “Insisto mucho en ahuyentar a los espíritus de todo sentimiento de venganza, recordándoles que la venganza propia del cristiano es el amor; también les hago presente que nadie debe buscar la culpa o la responsabilidad en los

¹⁴ Cardenal Francesc d'Assís Vidal y Barraquer, *Carta del 11 de octubre de 1937 desde la Cartuja de Farneta (Lucca, Italia)*, en *Legado del Cardenal Vidal y Barraquer*, o.c.

demás, sino cada cual la propia, bien sea por pecados de comisión o por pecados de omisión”¹⁵.

7. Los mártires, joyas de la Iglesia

Para la beatificación de un mártir es suficiente la declaración oficial del martirio por parte de la Iglesia, pero la duda sobre la cual se establece el procedimiento es sobre si el fiel lo sufrió por su fe. Para ello “es necesario recoger pruebas irrefutables sobre su disponibilidad al martirio —entendido como derramamiento de sangre— y sobre su aceptación por parte de la víctima, pero también debe aflorar, directa o indirectamente —aunque siempre de un modo moralmente cierto—, el odio a la fe por parte del perseguidor”¹⁶.

La condición de la mayoría de los mártires que fueron glorificados era la de ser “pastores de la Iglesia” por el ministerio del Orden que habían recibido. Ya desde los antiguos relatos de martirio, como puedan ser el de san Policarpo o el de san Fructuoso, se ve clara la relación intrínseca que existe entre la eucaristía y el martirio.

La literatura de los padres de la Iglesia contempla en la muerte del mártir —sea obispo o presbítero— la consumación de su oblación eucarística. No olvidemos que los sacerdotes, al celebrar la santa eucaristía *in persona Christi*, se ofrecen ellos mismos en la eucaristía que celebran, unidos a Cristo. Su martirio se convierte en la consumación de su eucaristía, porque les une íntimamente en el centro de la oblación de Cristo por todos los hombres. No cabe una identificación más alta y profunda entre ellos y Cristo.

Así, pues, su martirio es la más plena identificación con la ofrenda de Cristo al Padre en el Espíritu para la redención del mundo. Lo que rememoraban incruentamente en el altar, lo rememoran de manera cruenta en su martirio. Y si el sacerdote actúa en la persona de Cristo en los actos sacra-

¹⁵ Salvador Rial Lloberas, *Carta del 21 de septiembre 1937 al Cardenal Francesc d'Assís Vidal y Barraquer*, en *Legado del Cardenal Vidal y Barraquer*, o.c.

¹⁶ Benedicto XVI, *Mensaje del santo padre a los participantes en la sesión plenaria de la Congregación para la causa de los santos*, 24 de abril de 2006, www.iuscanonicum.org/index.php/documentos/otros-discursos-del-romano-pontifice/249-mensaje-de-benedicto-xvi-al-prefecto-de-la-congregacion-para-las-causas-de-los-santos.html (22.10.2012).

mentales, también actúa *in persona Christi* en su martirio; un martirio que expresa y lleva como don y fruto la redención de Jesucristo.

El martirio está incluido en la ministerialidad sacramental de la Iglesia. El presbítero mártir, con su muerte —asumida, ofrecida y consumada—, se sitúa en el centro de la oblación de Cristo al Padre en el amor del Espíritu Santo. Esto es lo que quiere decir Pablo cuando afirma: “Y si mi sangre debe ser derramada como libación en el sacrificio que ofrece vuestra fe, me alegro y me felicito con todos vosotros” (Flp 2, 17).

Descubrimos en este texto que la muerte sacrificial del Apóstol tiene un carácter marcadamente litúrgico: es un derramamiento de sangre, como un derramarse por todos los hombres. Y se realiza esta identificación con la autodonación de Cristo, que constituye, al mismo tiempo, su adoración perfecta al Padre del cielo. El martirio del Apóstol participa del martirio de Cristo y de su dignidad teológica. Se hace liturgia viva. Es una muerte reconocida en la fe y está al servicio de la fe. La fe del mártir es un reconocimiento absoluto del misterio del Dios viviente.

Su muerte *re-presenta* en su cuerpo mismo la eucaristía del Señor, ya no sobre el altar, sino en su muerte gloriosa. La muerte martirial de un obispo o de un presbítero es un acto sacerdotal. Y por eso su muerte santifica a la Iglesia y comunica la gracia de Cristo. Su muerte es el último acto ministerial.

Ese concepto lo hallamos bellamente expresado en el relato del martirio de san Fructuoso, en el cual todo el sacrificio está descrito como un devenir eucaristía, entrando en comunión plena con la Pascua de Jesucristo y llegando a ser eucaristía con él. Podemos leer en las Actas que “el santo mártir, fuerte y alegre, seguro de la promesa divina” dijo, alzando la voz: “Me es preciso tener presente a la Iglesia católica, extendida de oriente a occidente”¹⁷, tal como si celebrara la eucaristía. El martirio se convierte así en un acto de amor a Cristo y, al mismo tiempo, en un acto de amor a la Iglesia.

Santo Tomás de Aquino afirmaba que “el martirio es el acto más perfecto de caridad” (cf. *Summa Theologica* II-II, 4 q.3). Ciertamente, el obispo Borrás y sus compañeros presbíteros, cuando morían, hacían un acto de amor a Cristo y a la Iglesia: era el último acto de amor hacia las comunida-

¹⁷ *Les Actes del martiri de sant Fructuós, bisbe de Tarragona, i dels seus diaques sant Auguri i sant Eulogi. Context històric, teologia i espiritualitat*, o.c., p. 151.

des que les habían sido confiadas. Su muerte adquiere la condición del grano de trigo que, una vez enterrado, da fruto; un fruto de gracia que fecunda a la Iglesia desde dentro y, por esa razón, es necesario que nos encomendemos a su intercesión.

Una Iglesia local, si no quiere perder la memoria de su historia, no puede olvidar a los “hermanos que nos han precedido en el nombre del Señor”. El ministerio en la Iglesia es siempre mayor que quienes —por un don del Señor— lo ejercen ahora. Pensemos que otros antes que nosotros sirvieron a la Iglesia de Tarragona, y que otros, después de nosotros, la servirán.

Dios quiere manifestar su gloria a través de quienes tanto le han amado en la tierra. Su muerte es una bendición para todos nosotros: una bendición que es preciso acoger con la fe y con la conversión del corazón.

Paradójicamente, sobre el martirio de nuestros santos planea la alegría de la esperanza, una alegría que hace exclamar al apóstol Pablo: “Alegraos en vosotros y congratulaos conmigo” (Flp 2, 18). Es la misma alegría que impregna las *Actas* de nuestros protomártires cuando nos presentan a un Fructuoso fuerte y gozoso en su esperanza. El martirio es un don para la Iglesia, para que ésta sea edificada. No podemos olvidar las bellas palabras del Concilio Vaticano II en la Constitución dogmática sobre la Iglesia:

Así como Jesús, el Hijo de Dios, manifestó su caridad ofreciendo su vida por nosotros, nadie tiene un mayor amor que el que ofrece la vida por El y por sus hermanos (1Jn 3, 16 Jn 15, 13). Pues bien, ya desde los primeros tiempos algunos cristianos se vieron llamados, y siempre se encontraran otros llamados a dar este máximo testimonio de amor delante de todos, principalmente delante de los perseguidores. El martirio, por consiguiente, con el que el discípulo llega a hacerse semejante al Maestro, que acepto libremente la muerte por la salvación del mundo, asemejándose a Él en el derramamiento de su sangre, es considerado por la Iglesia como un supremo don y la prueba mayor de la caridad. Y si ese don se da a pocos, conviene que todos vivan preparados para confesar a Cristo delante de los hombres y a seguirle por el camino de la cruz en medio de las persecuciones que nunca faltan a la Iglesia¹⁸.

La Iglesia nunca ha olvidado sus mártires y, desde la más antigua liturgia, ha rogado a Dios por su intercesión. Desde tiempos inmemoriales, y como dice el *Catecismo de la Iglesia católica*, “Con el más exquisito cuidado, la Iglesia ha recogido los recuerdos de quienes llegaron hasta el extremo

¹⁸ Concilio Vaticano II, Cons. *Lumen gentium*, n. 42.

para dar testimonio de su fe. Son las actas de los Mártires, que constituyen los archivos de la Verdad escritos con letras de sangre”¹⁹. Los mártires son hermanos nuestros que, en la “comunidad de los santos”, rezan por nosotros.

También el cardenal Vidal y Barraquer reconocía a sus sacerdotes el legado precioso que dejaban los mártires: He quedado maravillado al conocer el heroísmo admirable de vuestros compañeros y hermanos, edificado por la firmeza, constancia y dignidad de muchos al sufrir un martirio más largo y quizás no menos glorioso. Es un patrimonio preciadísimo lo que unos y otros nos han legado. Es necesario que nos esforcemos en administrarlo bien y sacarle todo el rendimiento²⁰.

El martirio es un signo significativo que adquiere un gran sentido y es siempre una interpelación, tanto para los creyentes como para los no creyentes, así como para todos los hombres y mujeres que buscan al Dios vivo. El mártir es aquel que, ante él, ya no tiene más espacio de libertad y debe jugar la última carta. Ya no tiene otra dirección posible y se encuentra en la disyuntiva absoluta. Ya no tiene más tiempo por delante. Es una hora improrrogable. Y he aquí la grandeza: ellos han tenido un motivo para vivir. Han vivido por Cristo. Y ahora tienen un motivo para morir. Han muerto por Cristo. Quien no tiene motivos para vivir tampoco los tiene para morir. Y la muerte, para ellos, es una confesión de fe en la vida eterna. El martirio da sentido a su vida, también a su muerte, que rasga el velo del tiempo y lo abre a la eternidad divina.

Si la fe no hubiese sido su vida, no habrían podido morir por causa de Cristo. La muerte es para ellos dramática, pero no trágica. Saben que han pasado de muerte a vida porque han amado a los hermanos y la muerte para ellos no es una pérdida, sino una ganancia. A todos los mártires se aplican las palabras de san Pablo: “Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir, ganancia” (Flp 1, 21).

La muerte es su gran profesión de fe en el Dios viviente y en la resurrección del Señor, y se convierte en un motivo de la credibilidad de la fe de la Iglesia, porque la muerte del mártir es una predicación verdadera.

¹⁹ Juan Pablo II, *Catecismo de la Iglesia católica*, n. 2474.

²⁰ Cardenal Francesc d’Assís Vidal y Barraquer, *Carta del 9 de noviembre de 1937 desde la Cartuja de Farneta* (Lucca, Italia), en *Legado del Cardenal Vidal y Barraquer*, o.c.

Es una predicación silenciosa, pero elocuente. Hacen crecer a la Iglesia no desde la fuerza, sino desde la vejación y la debilidad. La muerte, una derrota ante el mundo, se convierte en victoria a los ojos de la fe y por eso tienen tanta significación teológica las célebres palabras de Tertuliano: “La sangre de los mártires es semilla de cristianos”²¹.

La Iglesia se ha hecho grande por el testimonio admirable de los santos mártires, que proclaman la resurrección de Jesús. Inútil y sin sentido sería su muerte si Cristo no fuera el Viviente. Si en su corazón, lleno del Espíritu Santo, no tuvieran esa esperanza que no engaña (cf. Rm 5, 5) no hubiesen ofrendado la vida. San Pablo escribe con razón: “Si la esperanza que tenemos en Cristo no va más allá de esta vida, somos los más desgraciados de todos los hombres” (1 Cor 15, 19).

El martirio cristiano es una profesión de fe absoluta en el reino de Dios que ha de venir. El mártir, como san Esteban, ve ya cielo abierto en su fe; rompe el tiempo para vislumbrar la eternidad divina; busca las cosas del cielo, donde está Cristo sentado a la derecha del Padre (cf. Col 3, 1). El martirio hace tener la certeza —ya en este mundo— de la presencia de la eternidad y anticipa el gozo y la paz de la consumación del reino de Dios.

8. ¿Qué celebramos en una beatificación?

Celebrar la beatificación de los mártires tiene pleno significado cuando los cristianos tomamos el relevo de su fe; cuando tomamos la antorcha encendida de su esperanza y la vivimos en aquella caridad que actúa por la justicia; cuando las comunidades cristianas no escondemos la luz de la fe bajo la mesa, sino que la ponemos en alto, dando testimonio del Dios Viviente, y creemos realmente que la causa de Dios es la causa del hombre, porque la “gloria de Dios es que el hombre viva”.

Celebramos que su recompensa será grande en el cielo. El sentido teológico más profundo de la beatificación está dictado por las palabras de Jesús: “Dichosos vosotros cuando por mi causa os insulten, os persigan y digan con-

²¹ Tertuliano, *Apologeticus* 50, 13, en *Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum Latinorum* 69, red. H. Hoppe, Vindobonae-Lipsiae 1939, 120; PL 1, 534.

tra vosotros toda clase de calumnias. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo, pues así persiguieron a los profetas anteriores a vosotros” (Mt 5, 11-12). Celebramos que la dicha del Señor se cumple en ellos: “Dichosos los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los cielos” (Mt 5, 10). Todo ello nos hace de nuevo adquirir conciencia de caminar hacia la Jerusalén del cielo.

En el caminar de la Iglesia por este mundo, el cristiano sabe que siempre habrá una desproporción entre lo que cree y los poderes de este mundo, que quieren ahogar la llamada a la trascendencia y le harán ver como ilusoria su esperanza. Los cristianos tendrán que sufrir la tentación de dejar de creer en Dios y en su Cristo en un mundo, muchas veces no únicamente profano, sino profanado por las fuerzas ocultas que denigran a las personas bajo el imperio del pecado, cuya es la fascinación por el poder y la riqueza y por una visión materialista de la vida y de la historia, unos poderes que llevan a las sociedades a no amar la vida, a la alienación de la condición humana y al sufrimiento de los más pobres.

Como escribió san Agustín, “glorificaremos a nuestros mártires si tomamos una viva conciencia de que el camino de la Iglesia continúa por el camino de la fe, de la esperanza y de la caridad”. Es un camino que debemos encarnar en las nuestras diócesis, en nuestras parroquias, con alegría y conversión del corazón. Sabemos que no siempre seremos comprendidos, y san Agustín dice “que la persecución es un signo de la autenticidad con la que vivimos la fe. Si no hay incompreensión significa que la adecuación con el mundo ya no es diferencial”²².

La constitución conciliar *Lumen gentium* antes mencionada, declara: “Es necesario que todo el mundo esté preparado para a confesar Cristo ante de los hombres y a seguirle por el camino de la cruz en medio de las persecuciones que nunca faltan a la Iglesia”²³, porque el discípulo de Cristo no sólo debe guardar la fe y vivirla, sino que también debe profesarla, dar testimonio con certeza y difundirla. Estos fueron la consigna y el mensaje que nos legaron el obispo Borrás y sus compañeros en el martirio, así como tam-

²² San Agustín, *In Ps. 119:1-3*, en *Nuova Biblioteca Agostiniana* 27, ed. T. Mariucci, V. Tarulli, Roma 1976, p. 1404-1412.

²³ Concilio Vaticano II, Cons. *Lumen gentium*, n. 42.

bién el de todos los otros hermanos que serán beatificados. Será necesario que los hagamos nuestros.

Se ha dicho que “es preciosa en la presencia del Señor la muerte de sus santos”. Sí, es preciosa a los ojos de Dios, pero también a nuestros ojos, porque nos recuerdan vivamente las palabras del Señor: “En el mundo tendréis sufrimientos, pero confiad; yo he vencido al mundo” (Jn 16, 33). Esto nos animará a pedir su intercesión, porque se encuentran junto a Dios.

Si la Iglesia glorifica a estos siervos de Dios no es para honrarlos, porque no necesitan para nada nuestra gloria —ya que gozan de la promesa de que “el Padre honrará los que se hacen servidores míos” (Jn 12, 26) —, sino para recoger la herencia de su testimonio, que nos compromete a ser también testigos del Señor.

El beato papa Juan Pablo II escribía en su *Incarnationis mysterium*, durante el Año jubilar 2000:

Un signo perenne, pero hoy particularmente significativo, de la verdad del amor cristiano es la memoria de los mártires. Que no se olvide su testimonio. Ellos son los que han anunciado el Evangelio dando la vida por amor; el martirio es signo de aquel amor más grande que compendia cualquier otro valor²⁴.

Las palabras del beato Juan Pablo II son válidas porque siempre será verdad que lo único que puede renovar la vida de la Iglesia es el Espíritu Santo con el ejemplo de los santos.

9. A modo de conclusiones

Algunas conclusiones que podemos sacar de todo lo dicho hasta ahora es que la beatificación de 522 mártires del siglo XX en España, celebrada en Tarragona el 13 de octubre de 2013 ha sido hasta ahora la más numerosa de la historia de la Iglesia. Ha sido la celebración central del Año de la Fe, con la participación de prácticamente todos los obispos que componen la

²⁴ Juan Pablo II, Bula de convocación del gran jubileo del año 2000 *Incarnationis mysterium*, n. 13.

Conferencia Episcopal Española. Estos mártires se unen a los ya 11 santos y 999 beatos anteriormente elevados a los altares, sumando así 1.521 beatos.

Con esta celebración se han unido los mártires del siglo III con los del siglo XX. De todos ellos se puede decir lo mismo: murieron por su fe en Jesucristo; fueron fieles a su fe hasta el final; llevaron la caridad a su plenitud; perdonaron a sus verdugos, son dignos de admiración y reconocimiento; y para nosotros son modelos e intercesores ante Dios. La Iglesia nunca ha olvidado sus mártires y, desde la más antigua liturgia, ha rogado a Dios por su intercesión.

La glorificación de estos mártires es una proclamación de paz y de reconciliación. Su martirio es una lección ante la historia y un ejemplo a seguir por los cristianos. Al fin y al cabo, la valentía de los mártires ante la muerte violenta no fue mérito suyo, sino una gracia de Cristo.

Los mártires son joyas de la Iglesia. Los que estaban ordenados, su muerte fue como la consumación de su oblación eucarística. Con el martirio se produjo la más plena identificación con la ofrenda de Cristo al Padre en el Espíritu para la redención del mundo. Lo que rememoraban incruentamente en el altar, lo rememoran de manera cruenta en su martirio. Los mártires nos han de ayudar a darnos cuenta que lo único que puede renovar la vida de la Iglesia es el Espíritu Santo con el ejemplo de los santos.

Summary

The Meaning of the beatification of the martyrs of the twentieth century in Spain in the Year of Faith

We can draw some conclusions from the beatification of 522 martyrs of the twentieth century in Spain, held in Tarragona on 13 October 2013. It was so far the beatification of the largest number of the martyrs in the history of the Church. This celebration showed the link with the martyrs of the third century. All of them can say the same: they died for their faith in Jesus Christ. They forgave their executioners. Their glorification is a proclamation of peace and reconciliation and a lesson for all Christians. The courage of the martyrs was at the end not their own merit, but the grace of Christ. The martyrdom manifested the fuller identification of the disciples of Christ with the offering of their Master, Jesus Christ and with God the Father and the Holy Spirit for the redemption of the world. The uplifting witness of the martyrs helps the nowadays Christians to renew their life in the power of the Holy Spirit for the good of the Church and the world.

Key words: beatification, martyrs, Church in Spain, the Year of Faith

Znaczenie beatyfikacji męczenników hiszpańskich XX wieku w Roku Wiary

Beatyfikacja męczenników hiszpańskich, która miała miejsce 13 października 2013 roku, w Roku Wiary, była wydarzeniem obejmującym największą dotychczas liczbę męczenników wyniesionych jednorazowo do chwały ołtarzy. Bez trudu można dostrzec jej związek ze świadectwem męczenników trzeciego wieku. Wszyscy oni oddali życie ze względu na Chrystusa. Przebaczyli swoim mordercom. Ich chwała jest głosem pojednania i lekcją dla wszystkich chrześcijan. Odwaga męczenników nie była ich zasługą, ale łaską daną im przez Chrystusa. Ich męczeństwo ujawnia ich zjednoczenie z Chrystusem, Bogiem Ojcem i Duchem Świętym i niesie budujące orędzie dla współczesnych chrześcijan.

Słowa klucze: beatyfikacja, męczennicy, Kościół w Hiszpanii, Rok Wiary

Bibliografia

Aurelio Prudencio, *Libro de las Coronas o Peristephanon: Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum Latinorum* 61, Vindobonae–Lipsiae 1926, p. 289–431.

Basco Gracià, Francesc, *Beat Manuel Borràs Ferré, el bisbe màrtir de Tarragona*, Tarragona 2013.

Benedicto XVI, *Carta Apostólica en forma de Motu Proprio Porta Fidei con la que se convoca el Año de la Fe*, www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/motu_proprio/documents/hf_ben-xvi_motu-proprio_20111011_porta-fidei_sp.html (11.10.2011).

Benedicto XVI, *Mensaje del santo padre a los participantes en la sesión plenaria de la Congregación para la causa de los santos*, 24 de abril de 2006, www.iuscanonicum.org/in-

dex.php/documentos/otros-discursos-del-romano-pontifice/249-mensaje-de-benedicto-xvi-al-prefecto-de-la-congregacion-para-las-causas-de-los-santos.html (22.10.2012).

Cárcel Ortíz, Vicente, *Mártires del siglo XX en España. 11 santos y 1.521 beatos*, Madrid 2013, p. 2.816.

Concilio Vaticano II, Cons. *Lumen gentium* (4.12.1963).

González Rodríguez, María Encarnación, *Los 522 mártires del siglo XX en España de la beatificación del Año de la Fe. Quiénes son y de dónde vienen*, Madrid 2013, p. 807.

Juan Pablo II, Bula de convocación del gran jubileo del año 2000 *Incararnationis mysterium*, www.vatican.va/jubilee_2000/docs/documents/hf_jp-ii_doc_30111998_bolla-jubilee_sp.html (29.11.1998).

Juan Pablo II, *Catecismo de la Iglesia católica* (11.10.1992).

Las Actas del martirio de San Fructuoso, obispo de Tarragona, y de sus diáconos Augurio y Eulogio, original latino y traducción a 23 idiomas, web del Arzobispado de Tarragona, www.ajubilar.arquebisbattarragona.cat/index.php?arxiu=actes_martiri, 20.11.2011.

Les Actes del martiri de sant Fructuós, bisbe de Tarragona, i dels seus diaques sant Auguri i sant Eulogi. Context històric, teologia i espiritualitat, a cargo de Josep M. Gavaldà Ribot, Tarragona 2009.

Rial Lloberas, Salvador, *Recuerdos amargos y edificante*, “Butlletí del Arquebisbat de Tarragona”, 30 de junio de 1944, n. 13, p. 195.

Rial Lloberas, Salvador, *Carta del 21 de septiembre 1937 al Cardenal Francesc d’Assís Vidal y Barraquer*, en *Legado del Cardenal Vidal y Barraquer*, Manuel M. Fuentes Gasó, volumen en preparación.

San Agustín, *In Ps. 119:1-3*, en *Nuova Biblioteca Agostiniana* 27, ed. T. Mariucci, V. Tarulli, Roma 1976, p. 1404-1412.

San Agustín, *Sermón 273*, en *Nuova Biblioteca Agostiniana* 33, ed. A. Quaquarelli, Roma 1986, p. 2-10.

San Cipriano, *Epistula 10*, en *Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum Latinorum* 3, 2, ed. G. Hartel, Vindobonae 1871, p. 490-495.

Tertuliano, *Apologeticus* 50, 13, en *Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum Latinorum* 69, red. H. Hoppe, Vindobonae-Lipsiae 1939, 120; PL 1, 534.

Toldrà Rondon, Jaume, *Carta del 6 de noviembre de 1936 al Cardenal Francesc d’Assís Vidal y Barraquer*, en *Legado del Cardenal Vidal y Barraquer*, Manuel M. Fuentes Gasó, volumen en preparación.

Vidal y Barraquer, Cardenal Francesc d’Assís, *Carta del 2 de septiembre de 1936 al Cardenal Eugenio Pacelli*, en *Legado del Cardenal Vidal y Barraquer*, Manuel M. Fuentes Gasó, volumen en preparación.

Vidal y Barraquer, Cardenal Francesc d’Assís, *Carta del 11 de octubre de 1937 desde la Cartuja de Farneta (Lucca, Italia)*, en *Legado del Cardenal Vidal y Barraquer*, Manuel M. Fuentes Gasó, volumen en preparación.

Vidal y Barraquer, Cardenal Francesc d’Assís, *Carta del 9 de noviembre de 1937 desde la Cartuja de Farneta (Lucca, Italia)*, en *Legado del Cardenal Vidal y Barraquer*, Manuel M. Fuentes Gasó, volumen en preparación.